

Marcelo Paz



ADIÓS PLANETA

POR Papelucito

se

Papelucito se ha ganado una bicicleta de oro en un sorteo. Bueno, la verdad es que no es de oro, pero es suya. Sin embargo, apenas sale con ella, comienzan sus problemas: lo confunden con un ovni de Venus y lo acosa la prensa internacional. Decide, entonces, partir a la parcela de su amigo Urquieta, pero allí todo irá de mal en peor.



Marcela Paz

Adiós planeta por Papelucho

Papelucho - 13

ePub r1.0

Titivillus 18-06-2024

Marcela Paz, 2017
Ilustraciones: Rommy Rivera

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



I

En estas vacaciones quiero ser periodista. Aunque quizás después decida ser astronauta. O tal vez, presidente mundial de perros, ballenas y elefantes...

El Hans había llegado de Alemania hacía poco. Sin amigos, descubrió perseguirme a todas horas. Cuando terminaba el año le dio por preguntarme dónde iba yo a veranear y si podía ir conmigo.

—No —le dije rotundamente—. Yo no veraneo porque mi papá sonó y, a lo más, haremos un pícnic en el San Cristóbal...

A los tres minutos todo el curso sabía que yo estaba en liquidación, y a los cuatro, uno por uno me compadecía. Cuando llegó el Urquieta a convidarme a su parcela, me chorié. Y para espantar la compasión, me carrilié un poquito...

—¿Puedes guardar un secreto?, —le pregunté muy serio. (Era mi primer paso para ser periodista). Urquieta se besó el pulgar de uña reventada.

—¡Me gané el concurso! ¡Me voy a Disney-world!, —dije.

¿De verdad? Sus ojos se salieron como los de un caracol.

No era verdad verdadera todavía, pero dice la Domi que «querer es poder». Y en ese momento, yo decidí premiarle... Pura cuestión de empeño.

—Acuérdate de que quedaste de guardarme el secreto —dije.

Los ojos de Urquieta no se entraron jamás y vi venir el problema de su cara sin ojos. Me fui para darle tiempo a reajustarse.

Divisé cómo se le acercaba todo el curso. Los mirones habían «olido la noticia» y lo rodeaban curiosos, entrevistándolo todos a un tiempo. Le arrancarían mi secreto, así que para ayudarlo, me paré en las manos con violencia y con esa fuerza que da el ser ganador.

Vi entonces que los preguntistas de Urquieta me miraban ahora a mí, con ojos de esquina. Sus bocas tenían forma de micrófonos.

Con mi cabeza abajo, que recibía en mis sesos la sangre de mis pies, se me comenzó a cargar la batería.

Con furia tiré al suelo mis pies. Los elevé de nuevo y viceversa. Me convertí en molino dando vueltas con iracunda rapidez.



Dejaron en paz a Urquieta y me rodearon a mí.

Con tanto sacudón se me pasó la rabia y me sentí tan choro como se sienten las casas recién pintadas.

Pero dominé mi vanagloria y me acerqué a Urquieta.

—Oye —le dije por lo bajo—, el premio son dos pasajes... ¿Te gustaría ir conmigo?

—¡Claro! —Y no pudo hablar más. Se agarró de su oreja (esa que ya le llega al hombro de tanto tironearla), y comenzó a reír y siguió riendo.

—Juraste guardarme el secreto —alcancé a decirle, cuando el guatón Jiménez vino a estrellarse conmigo a toda carrera.

—¡No te vi!, —dijo, como quien le habla a un gusano.

—Y yo ni te sentí por lo blando que eres —me reí.

—¡Blando y todo, te sacaré tu secreto!, —gritó haciéndome una zancadilla. Aré en el patio y decidí hacerme el muerto por un rato. Así no me seguirían fregando.

Nadie me dio boleto y ahí quedé tendido. Oí sonar la campana y formar filas para ir a clase.

Me iba acostumbrando tanto a ser muerto que me quedé dormido y desperté en la enfermería con un calor sulfuroso.

El doctor me ponía trapos mojados en la frente y decretaba que yo tenía «desolación». Pero yo no estaba desolado y me daba igual hasta el calor que hacía

chirriar la camilla con olor a quemado.

Yo estaba al revés de muerto, sumamente ardiendo, pensaroso y callado. Tenía flojera de hablar y miedo a quemar mis dientes con esa lengua parrillada.

Pero oía. Y me di cuenta de que estaban en la onda de buscar un culpable: al que me aturdió en el patio...

Traté de decir algo, de explicar que nadie me aturdió y apenitas me botó; y era yo el único culpable de mi desolación.

Una voz dijo: La fiebre lo hace delirar...

Mi flojera de hablar era tremenda y tampoco me importaba la justicia, la muerte y demás cosas. Puramente me daba miedo quedar mudo. Uno tiene que hablar. Porque las ideas, como el agua, cuando se atajan con alguna compuerta, simplemente ¡revientan! Y ese atoro podía pelarme los alambres.

Traté de no pensar. Me tragué las agüitas, lavativas, pildoritas, etc.

Vi entrar al Urquieta y arrancar disparado como si viera al diablo.

La enfermera colgó un letrero en la puerta. Ese letrero me pareció la tapa de mi cajón. Cerré entonces los ojos. No quería ver los finales de esta vida, preferí enchufarme en la otra. Todo se volvió nubes, alas, música de trompetas y me fui derritiendo.

Entre algodones y zumbidos de mosquitas blancas, se iba tranquilizando el pataleo de ese sapo saltón que tenía en el pecho.

La otra vida se escapaba para dejarme en esta con enfermeras y practicantes hurguetes llenos de tripas hediondas a neumático. Yo flotaba incoloro dejándolos manosearme. Me gustaba hacerme de rogar para vivir...

—Papelucito, ¡quieras o no, estás vivo y sano!, —dijo una voz bajando mis pies al suelo—. Ahora te vas a casa...

Había pasado mi momento estelar. Ahora yo era un cualquiera aunque mi papá me esperara en un taxi.

Nadie vio mi salida porque se habían ido ya todos y era de noche. Nadie se preocupó de que yo estuve en el otro mundo y venía de vuelta.

—¿Te sientes bien?, —me preguntó mi papá pescando mi brazo.

—Listo para volar —le contesté—. Tú me dejaste ir al otro mundo, no vas a ponerte difícil por un pequeño viaje a Disneyworld.

II

Por suerte ya no había colegio cuando salió en la TV el verdadero cabro premiado...

¡Ya! No me saqué el viaje a Disneyworld. Asunto mío, ¿no? ¡Le puse toda mi tinca y el «Querer es poder» de la Domi es pura chiva!

Total, si hubiera ido, ya estaría de vuelta.

Llegó Navidad, que es lo mejor del año, y después el Año Nuevo con todos sus cañonazos, pitazos, juegos de luces, ovnis, guatapiques, sirenas y alboroto. A los cabros de mi curso les interesaba más mi viaje a la «otra vida» y me comían a preguntas. Era mi segundo paso: ser entrevistado.

—Oye, ¿tiene puertas el cielo?, —me preguntaba Hans.

Creo que estaba abierta porque entré sin golpear.

—¿Viste a algún conocido?, —averiguaba Soto.

¿Conocido de quién?, —pregunté yo.

—¡Idiota! Conocido tuyo y de todos. Por ejemplo, Arturo Prat, O'Higgins o Caupolicán...

—¿Tú crees que el otro mundo es como un bus? Es harto más grande que el Estadio Nacional.

—Me alegro —dijo el Romelio— así cabe harta gente...

—¿Quedaban huecos?

—¿Huecos?

—¡Asientos desocupados!

—¿No entiendes que allá todo es distinto? Cuesta explicar...

—Bueno, pero cuenta si viste a San Miguel Arcángel matando al diablo.

—¡Claro que sí! —No se puede decir «no» a todo.

—¿Le salía sangre al demonio?, —preguntó Urquiza.

—¿Tienen pies los santos?, —averiguaba el Hans.

—Y si las nubes son blandas, ¿cómo aguantan cuando se sientan en ellas? —Hans otra vez.

—¡Ya! No pregunten más, dejen que cuente solo... ¿Cómo llegaste?

—Me morí de la fiebre. Igual que una tetera al fuego, se me salió el vapor que era mi alma y se fue al cielo. Ahí no había problemas y me sentí feliz.

—Tal como lo imaginaba —bostezó el guatón Jiménez.

—¡Pero no es lata!, —chillé—. Es alegre, musical, con caballos de oro, águilas blancas, cocodrilos luminosos.



—Parece festival Otis^[1] —me interrumpió Ramírez—. Yo pensaba que los animales no tenían alma.

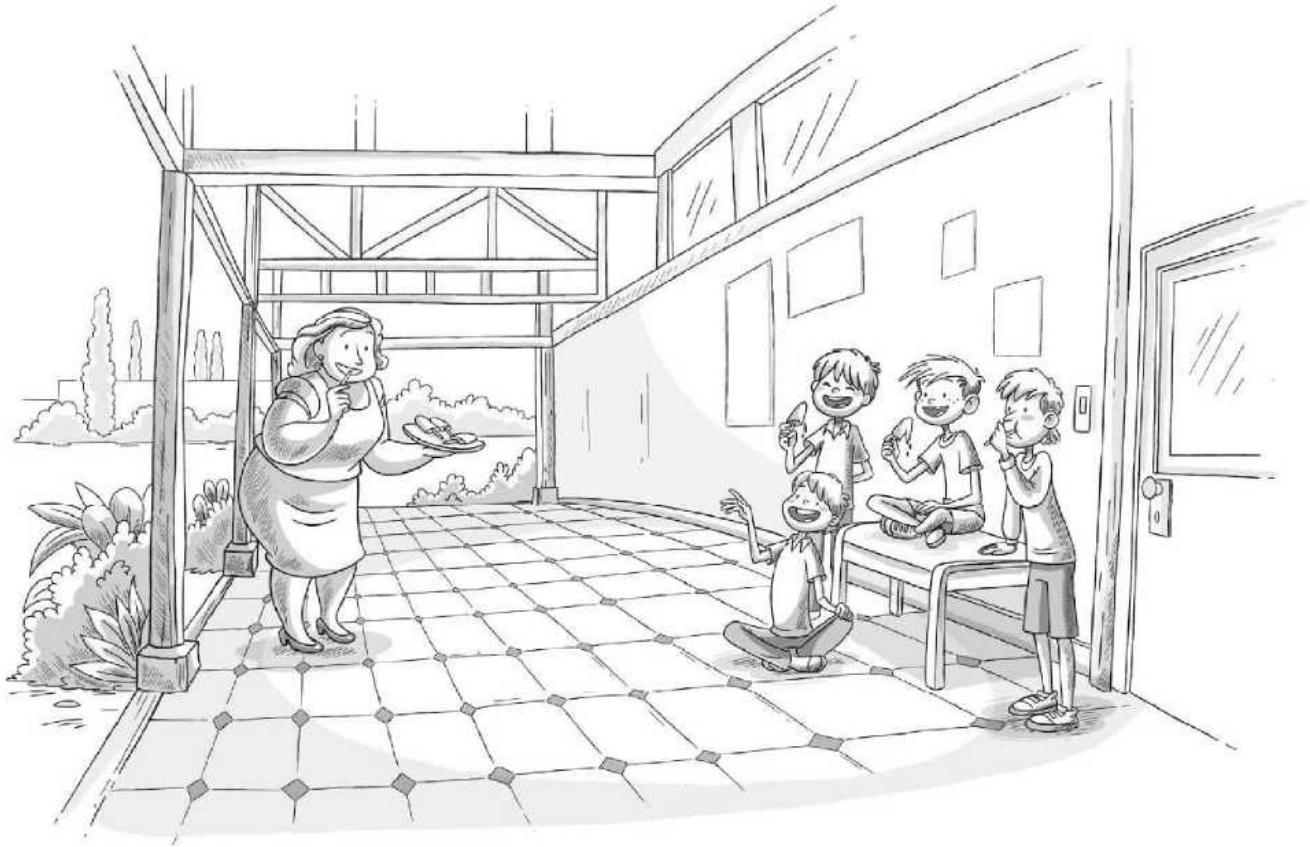
—Claro que no —dijo otro.

—Di si vale la pena ir al cielo. —Jiménez otra vez.

—¿Conociste a Dios?

Por suerte entró la mamá del Soto trayéndonos helados, un poco derretidos, pero algo les quedaba en el palito.

—El heladero me los dio más baratos porque... estaban así —explicó entregando el bolo de aguas, papeles y palos—. Los bebimos ahí mismo.



—¡Ay!, —clamó ella de repente como si la hubiera picado una abeja—. Me olvidaba de que vino la Domi a buscar a Papelucho...

—¿Para qué? No es hora de comida alegué.

—Ahora que me acuerdo, dijo que un señor te esperaba.

La mamá del Soto es volada y golosa, y se chupaba los palitos que dejamos nosotros.

Un señor esperándome... ¿cuál sería mi delincuencia? Como rodado de piedras me caían las culpas... Porque uno cree que si van a su casa a buscarlo, será por algo malo que hizo. Pero ¿qué? Uno hace tantas cosas que salen cataclípticas...

—¡Vuelvo altiro!, —dije soltando mi embrague que me tenía frenado y partí pateando mis culpas.

Lo fatal fue ver a la Domi sentada en el sofá del living cachiporreándose con un señor de temo.

—¡Ahí lo tiene!, —dijo apuntándome con su pera. Se tapó las rodillas y de un brinco se levantó del sofá. El gallo también se levantó y me dio la mano. Yo le miraba los bolsillos por si traía grillos o pistola.

—No me ha querido largar para qué te busca —dijo la Domi coqueteando entera —. Pero estaré al aguaite por si quiere molestar...

Me sentí colorado: la Domi pensaba igual que yo y me enronché de culpas.

—Tuve que venir personalmente porque no contestaban tu teléfono —dijo el gallo sentándose.

—Fuera de servicio —expliqué, sacando pecho y valor.

—Quiero hacerte unas preguntas —sacó una libretita y lápiz—. Veamos... cuéntame algo de ti.

Aceleré mis sesos y, poniendo primera, pensé: «El único modo de que no me haga preguntas es preguntarle yo a él».

—Yo le diré —empecé— que antes de contarle de mí, me gustaría saber lo que es usted. ¿Es averiguador universal?

Soltó una risa dentosa con brillos de oro por dentro.

—Encuestador o investigador, si quieres —contestó.

—O sea que le gusta preguntar. ¿Le paga alguna crema de pelo, un canal de televisión o la policía?

—A ti no te importa quién me pague —se enrabió—. Y vas a arrepentirte de tu impertinencia.

—Acuérdese de que los niños son niños, Rolando —apareció la Domi con una Coca Cola, muy sonriente.

El tal Rolando volvió a mostrar sus dientes enchapados y recibió el vaso que usamos de florero para el mes de María.

—No lo quise ofender —dije—, pero si uno trabaja, alguien le paga. ¿O es puro aficionado?

El Rolando se atoró y le salió gas por la nariz.

—Domitila tiene razón —dijo limpiando los salpicados—. Es mi primera experiencia con niños y también la última.

—¿Está enfermo?, —pregunté apurado.

—¡No! Pero encuestaré adultos en adelante.

Yo me quedé perpetuo.

—Quise hacer un ensayo, pero en realidad mi misión era avisarte que saliste sorteado en el concurso, con una bicicleta —y me alargó un papelito amarillo.



Me habría creído muerto otra vez si no estuviera enganchado en «valiente».

—¡Gracias!, —dije mientras me sujetaba de correr y salir gritando—: ¡Me gané la bicicleta de oro!



III

No fui a dar mi noticia. La daría mañana pedaleando y así no me dirían carrilero ni cosas insultantes.

Pero necesitaba contarla y no había a quién. Hasta la Domi había partido a dejar al Rolando y no volvió. No llegaba ni siquiera la Ji. Mi noticia se me iba agrandando como un inmenso flato y me ahogaba... Por eso pedalié en el suelo. Esperar pedaleando daba alivio. Lo malo es que me dormí, pero igual dormido, pedalié toda la noche.

Amanecí lagarteado de pantorrillas y quebrado de espinazo. Había un hoyo redondo en la sábana y el colchón ahí donde aserruchaban los pedales.

Me costó enderezarme porque estaba perpetuo, o sea curcuncho. Pero así y todo partí a cobrar mi premio mientras todos dormían.

—¿Traes el boleto amarillo?, —fue lo primero que me preguntaron.

—Lo traía. Creo que lo perdí... Pero vengo en persona a buscar mi premio alegué.

—Veamos tu carnet —alargó la mano gorda y le pasé el carnet.

Me lo devolvió desprecioso:

—A ver si vas de un trotecito a buscar el tuyo.

Era el carnet de la Ji.

Me sentí requemao; me dolía todo; justo cuando creí que Dios me estaba recompensando... Miré al cielo a través de la ventana, y ahí, limpiando esos vidrios, estaba nada menos que el Rolando...

—¡Hola!, —le grité—. ¡Ayúdame! ¡Diles que yo soy yo!

El gallo estaba al otro lado del vidrio y se asustó con mi grito. Desapareció. Desconsoladamente lo imaginé aplastado en la vereda al caer de tan tremenda altura... «Habría sido algo noticioso si yo fuera periodista», pensé. Pero volvió a aparecer y el sol hizo brillar el oro de sus dientes. Rolando corrió el vidrio y saltó dentro.

—¿Qué pasa?, —dijo, soltando unas amarras tipo paracaidista que tenía en la cintura.

Yo no podía hablar. Todavía lo estaba viendo achulado en la calle...

—Viene por la bicicleta —dijo el del mesón—, pero perdió el boleto amarillo que le diste.

—El que encuentre el boleto puede venir a cobrarla —dijo el Rolando. El premio es de Papelucio. Mejor se la entregamos.

Ese elefante que me había caído al apa, y me hundía por dentro y por fuera, se voló y me sentí la muerte. Seguí al Rolando por el edificio y en un hall con escaleras estaba mi premio con cintas tricolores.

No era de oro la bicicleta ni tenía alas ni tampoco motor.

Pero era mía.

Me llené de tilimbre-risa hasta los pies y con alegría sulfurosa la tomé del manubrio dando «gracias» principalmente a Dios.

De un brinco monté en mi bicicleta que partió corredora por el hallcito-escaleras, dando vueltas.

Yo apenas había pedaleado en bicicletas ajenes, desinfladas, con aros chuecos y manubrios quebrados.

Esta volaba conmigo en carrusel, tan ligero que se me helaba la risa.



—Tiene un fijador —dijo Rolando—. Esa palanquita en el manubrio...

La solté ipso flatus, dejé de dar vueltas y me disparé escaleras abajo como un reverendo flechazo.

Llegué al otro piso y enchufé el tramo de la escalera sin alcanzar a respirar siquiera.



Así bajé ocho escalas, sin contar la que daba a la calle, que era capítulo aparte. Cerré los ojos. ¿A quién iría a estrellar en la vereda? ¿De qué color estaría el lujurioso semáforo?

El ruido atronador que esperaba de choques, frenos y ronceos no llegó. Algo blando, con dulce olor a tierra, abrazó mi aterrizaje. Se me había olvidado los hoyos del Metro y sus glucosos cerritos. Uno de ellos me frenó la bicicleta cuando la velocidad me hizo saltar al vacío.

Llegó gente. Alguien gritó:

—¡Es un ovni! ¡Lo vi caer del cielo!

—¡No! ¡Es un marciano!, —dijo otro—. Los conozco.

—Este viene de Venus.

Un fotógrafo me encañonó con su cámara y disparó un rollo entero.

—*An interview, please!* —me imploraba un gringo metiéndome al bolsillo su tarjeta y un billete tremendamente verde.



Llegó un carabinero y abrió el circuito caliente. Yo me sentía igual que O'Higgins, enclavado al cerrito, lleno de respeto pero inmóvil. A lo peor iba a salir retratado en La Tercera con titulares rojos.

—Circulen, circulen —ordenaba el carabinero—, y nadie se movía. La calle era un taco de autos y en todas las ventanas había curiosos con ojos terroristas.

—Hay que hablarle en inglés —le dijo el carabinero al fotógrafo protegiendo su cámara—. ¡Viene del planeta Venus!

El gringo se ofreció amable de tractor.

—Dígale que circule —le pidió el carabinero, y el gallo me echó un discurso importado. Total, no era cuestión de idiomas. Si me movía me caía al hoyo así es que seguí de estatua.

La dulce tierra chilena y mi transpiración hacían barro gotozo y me convertían en monumento de greda.

Mi bicicleta estaba enterrada en el montón y ni se veía. Era yo solo, como un árbol de Venus, interplanetario y sin trasplante, un mensaje directo, pero mudo...

—Venus protesta por la intromisión terráquea —dijo el gringo, anotando su frase en su libreta.

—Venus no brillará esta noche —anunció otro.

Apareció Rolando en el montón y saltando el hoyo, se puso a mi lado. De un tirón desenterró mi bicicleta, se la echó al hombro y me pescó de la cintura. Saltó el hoyo con nosotros y nos fuimos.

IV

Rotundamente estupidizado llegué a casa con Rolando. A mi bicicleta no le había pasado nada, pero a mí, sí. Mi yo se había reventado en su dentror.

Cuando apareció la familia a recibirmé, me arranqué y me encerré en el baño. Veía mil papás, mil Domitilas, mil madres y dos mil Jis que se me venían encima. Tenía complejo de gentes, miedo a su alboroto y vocación violenta de ermitaño. Quizás esa multitud me secuestró dejándome vacío y me olvidé de ser periodista.

Yo había largado la ducha y todas las llaves para no oír si golpeaban a la puerta.

Poco a poco me iba convenciendo de que había vivido la caída a la tierra de un planetario subdesarrollado.

Antiguamente a los hombres les interesaba el oro, pero el mundo de ahora está enchufado en los astros y cuestiones espaciales. Su intrusismo va a acabar con la amistad de los visitantes planetarios.

Me metí bajo la ducha y sentí amor por el agua. Me estaba volviendo un verdadero San Francisco. Empecé a amar a los pájaros, lagartijas, gusanos de la fruta y todos esos individuos que a nadie molestan. Me iba gustando ser santo, cuando noté que el agua de la tina se estaba desbordando. Yo no había puesto el tapón... El baño parecía chocolate y entonces comprendí que estaba tapado con mi propio barro. Bucié con los pulgares de mis pies, con todos mis dedos, y por fin me senté como tapón para usarme de sopapo. Eso resultó pero quedé con el dolor de cintura de la Domi.

Con tanto trabajo me percutió el hambre y fui de un trotecito a la cocina con la esperanza de no encontrar a nadie.

Lo malo fue que me topé con la Ji que se estaba adueñando de mi bicicleta y entraba y salía a todo chifle por la puerta de calle. La muy fresca llevaba copiloto sentado en el manubrio y cobraba dos pesos por la vuelta.



Había cola esperándola...



Olvidé que estaba imitando a San Francisco y me tiré autógrafo sobre la hermana amiga de lo ajeno. Rodamos por el suelo. También los que esperaban en la cola.

Apareció la Domi y pescó de una oreja a los copilotos. Con violencia los disparó a la calle. ¡Esa manía que tiene de creerse Juez Ovnipotente! No entiende que cuando uno crece, no le gusta que lo anden protegiendo.

La Ji secaba sus mocos en el delantal de la Domi mientras yo preparaba mi discurso de protesta, cuando de repente se me apareció San Francisco en persona y paulatino me derritió la rabia. Miré al cielo y vi pasar una bandada de gorriones que decían:

Hay pajaritos y también pajarones...

Era su mensaje.

Mis tripas irrumpían también con su mensaje de hambre. Si yo iba a ser ermitaño y amar lo que hizo Dios, tenía que amarme yo también un poco. Y en ese momento me tenía tremenda compasión.

—¡No almorcé ni tomé desayuno!, —clamé, y fue una magia.

La Domi prefabricó un almuerzo caballo. El concho de cada olla lo envolvía en otro concho y lo tiraba a la sartén. Chirriaba, engordaba y se ponía tan sabroso que uno prefería quemarse un poco la lengua con tal de no esperar.

Se calló el hambre y me repercutió la inflamable caída a la calle en bicicleta. Había sido un venusiano por un rato y no supe aprovecharlo...

Si me vieron caer, si me creyeron del planeta Venus, si parecía ser recién llegado de ese mundo, ¿por qué no fui de veras?

Quizá estuve allá. Hay tantos gases en ese planeta que el viaje de ida y vuelta no se cuenta ni tampoco se recuerda. Total, Venus respira gaseoso. Dispara y chupa. Uno va y viene. Ellos vienen y se van. Pero me gustaría volver... No quedarme allá.

Aunque si alguna vez veo venir un venusiano, voy a ser su amigo. Quisiera que le guste quedarse con nosotros.

Apenas pensaba en esto cuando llegó el Urquieta.

—Me contaron que te sacaste una bicicleta —me dijo.

Se la pasé para que la probara. Pero no volvió más. Así que decidí no esperarlo.

Creo que no verás tu bicicleta nunca más dijo la Domi, siempre tan aséptica.

Desprecié su mal pensamiento y me fui a ver el Chapulín Colorado^[2].

Pero no estaba en pantalla.

Justo en ese momento llegó el Urquieta a devolverme la bicicleta.

—Oye —me dijo—, pensaba ir al campo a refrescarme, pero no puedo más con mi dolor de muelas... —Relinchaba.

—¿Qué muela?, —le pregunté.

—¡Esta!, —dijo con un «ay» doloroso.

Me asomé por su boca y vi el hoyo tremendo que parecía cráter de volcán.

—Espera —le dije y fui corriendo a buscar el crochet de la mamá.

Le saqué de su muela hoyo casi todo su almuerzo y lo mandé a enjuagarse con agua con jabón. Quedó limpio y feliz y me pidió prestada otra vez la bicicleta.

Fui a lavar el crochet, pero el muy probeta se disparó por la cañería del lavaplatos para siempre jamás.

V

—Deje en paz el lavaplatos —llegó la Domi manduqueando—. ¡Lo buscan!, —y alargó la pera hacia el living.

—¿Dónde puedo comprar un crochet?, —le pregunté.

—Pregúntele al gringo que lo busca, aunque nunca supe que los hombres necesitaran crochet...

La fulminé con la mirada y entré al living furiondo. ¿Por qué me buscan siempre? Nací perseguido...

Ahí estaba un gallo de guerrera oscura, gorra ídem en sus manos peludas, sonrisa panamericana y ojitos celestes, na' que ver con su piel morena. Me pasó su tarjeta entre billetes verdes. Le devolví el pelotón con tarjeta y todo, y él se puso de pie con pinta de ofendido...

—Yo representar Bermudas Triángulo. Buscar noticias... explicó.

—Equivocado —le contesté en su idioma—. Yo no vender noticias. ¡Mí ser periodista!

—Usted llegar de Venus. Mí pagar bien informes revista Bermudas Triángulo. ¿Entiende?

—Entiendo. Yo no vender informes... —contesté.

—Ser tú y yo profesionales. Tú entender información mundial. ¡Tú importante hoy solamente!, —insistió.

Pensé a chorro. Al preguntón, preguntarle.

—Dame informe Triángulo Bermudas a cambio —dije.

—Entiendo. Noticia secreta a cambio tuya de Venus. Triángulo tener demonio sumergido —puso cara de ídem.

Lo miré de hipo en hipo. Esa no era respuesta noticiera y sus ojos celestes se enturniaron al enfocar los míos.

—¿Tú no creer demonios?, —preguntó glucoso y amenazante. Parecía Lucifer en persona.

—¡Dios, líbrame del demonio!, —recé haciendo cruces con todos mis dedos. Tenía terror de ese Bermudas diabólico. Casi no podía respirar.

—Yo no ser el demonio —rio maquiavélico—. Yo ser periodista como tú. Darte noticia y tú dármela.

En ese momento entraron el papá y la mamá con un señor que traía una cámara de TV. El Bermudas creyó que eran intrusos y con sus manotas los sacó fuera a los tres y les cerró la puerta.

—Entrometidos subdesarrollados —se limpió las manos con su inmenso pañuelo—. Si vuelven, yo raptarte.

Fue entonces cuando salté por la ventana y caí encima de los camarógrafos de TV, que me encadenaron con sus brazos.

En un instante me habían sacado un «corto».

—Gracias —decían soltándome—. ¡Ya tenemos el enfoque del pasajero de Venus!

Justo que guardaban su equipo cuando apareció Lucifer y se les fue encima a quitarles sus cámaras.

—¡Mí tener primicia!, —clamó insolente.

Yo me metí a la casa con mamá, mientras papá alegaba con todos en la vereda. Lo último que oí fue la voz del papá:

—¡Mi hijo no saldrá en su Bermudas Triángulo! ¡Antes irá preso usted!

Mi papá se veía como un arcángel pulverizando al intruso.



La Domi nos trajo un vaso con agua porque estábamos «pálidos» y empezó el pregunteo.

Apareció el Urquieta.

—Vi rosca en tu puerta y vine... —Fue lo que dijo.

La Ji apareció y se abrazó de sus piernas.

—¿Quieres un vaso de agua?, —le preguntó mi mamá al Urquieta—. Estamos celebrando el rescate de tu amigo. Lo habían secuestrado... explicó.

—Bueno, yo vengo a invitarte a la parcela —dijo Urquieta sin tomar en cuenta a

la mamá.

Fui a buscar mi saco de dormir y mi cantimplora:

—Me voy con él, mamá. Tengo mucho que pensar... —le dije para tranquilizarla. Ella sabe que cuando pienso no pasa nada y se quedó feliz.

Caminamos en perpetuo silencio cada uno con su rayo de sol de 33 grados en plena cabeza. A esa temperatura los sesos individuales trabajan a su manera. Los míos estaban muy revueltos con haber sido «casi» de Venus, haber sido «casi» periodista, «casi» secuestrado y casi cualquier cosa.

Lo bueno de Urquieta es que cuando él no piensa, es reflector. O sea, capta.

—Oye —me dijo cuando llegábamos a su casa—, ¿tú eres noticia o periodista?

—Trato de averiguarlo, pero quería ser periodista...

—¿Por qué periodista?, —me miró raro.

—Porque los periodistas están en todas partes, ¡y eso me gusta!

—Tú querís ser Dios —le dio rabia.

—Quiero imitarlo un poco. Cuando uno es periodista y está en todas partes, puede ayudar a la gente. Como Don Francisco^[3].

—¿Así es que quieres ser otro Don Francisco?

—Claro, pero más moderno. Busco combinaciones con planetas, visitantes, etc. Me gustaría limpiar el espacio de tanta lujurienta cohetería...

—Antiguamente era así. ¡Tú no avanzas!

—¡Idiota! Antes la gente era menos nerviosa y menos atacante. Los periodistas podemos...

—El idiota eres tú —me interrumpió—. Deja tu salvación del mundo para otro día.

Recogió su equipo y partimos sin despedirnos de nadie, porque no había nadie.

—Para ir a tu parcela, ¿hay que tomar micro o tren?, —le pregunté.

—Para ir a mi parcela se hace dedo —contestó.

—¿Vamos al sur o al norte?

—Depende de adonde va el auto que nos lleve...

Entendí. Urquieta no tenía parcela, pero el paseo iba a ser choro y sorpresoso...

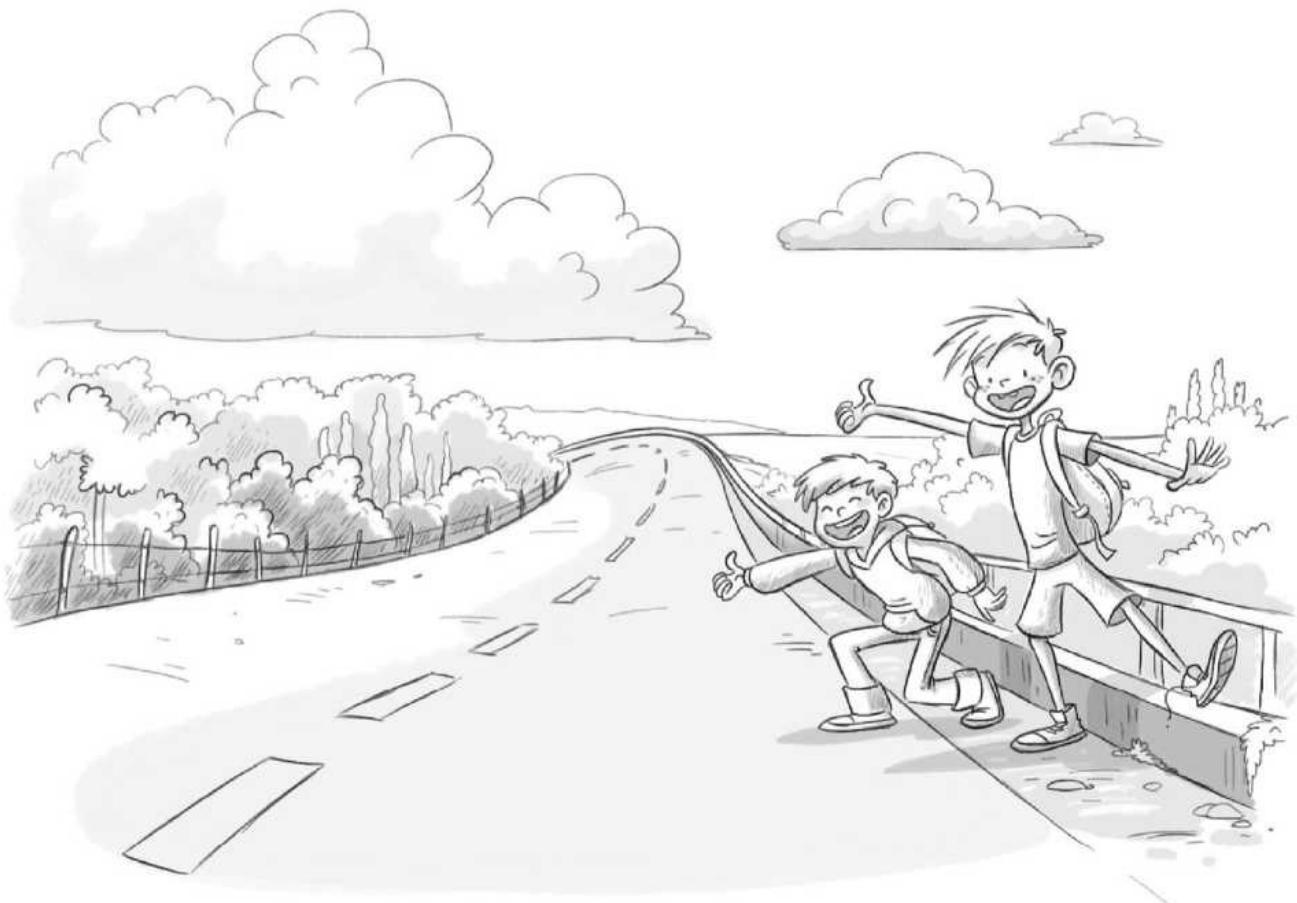
VI

Hicimos dedo en la primera esquina. Igual que no tuviéramos manos: nadie lo vio. Ni siquiera el cacharro más podrido nos dio boleto.

Así que cambiamos de esquina, o sea, atravesamos la calle para hacer dedo para el otro lado.

¡Milagro! Se detuvo suavemente un cataclíptico Mercedes Benz, ultrasónico, y los dos con Urquieta corrimos infrafelices a ocuparlo.

Pero el gallo sujetó la puerta y nos mandó un discurso.



—¿No tienen piernas para caminar, cabros flojos? ¿Qué dejan para cuando sean viejos? ¡Chúpense su mugriento dedo!, —y haciendo rugir su poderoso, apretó a toda vela.

No nos dolió el discurso, pero sí sentirnos engañados, burlados...

Decidimos volver a buscar la bicicleta. La parcela de Urquieta sería más cerca y hasta donde nos dieran las piernas pedaleando. No tendríamos que agradecerle a nadie el viaje.

Pero la bicicleta no estaba.

—La Domi fue a comprar —explicó la Ji.

—¡Pero si no sabe andar en bicicleta!, —alegué.

—Claro, pero iba aprendiendo cuando salió de aquí.

Se oyó una sirena de ambulancia que se venía acercando y se detuvo en la puerta.

El chofer de palomo con botones dorados miró bien su papelito y el número de mi casa.

—Es aquí —le dijo a su acompañante y saltaron a tierra para ir a abrir la caja sorpresa de su carro. Sacaron una camilla tapada con sábanas que seguramente traía un velero listo para regata. Sus mástiles asomaban apuntando al cielo con orgullo.

Al pasar junto a mí, asomó la cara de la Domi con la nariz parchada...

—No le pasó nadita a la bicicleta —me sopló, pero hizo un «¡Ay!» que le salió del alma y revolvió los ojos como si fueran ostras.

—La señora se cayó en un hoyo del pavimento y tiene quebraduras. ¿Me firma el papelito?

Igual que una carta certificada entregaban a la Domi, aunque quebrada.



Me iba a enfurecer, pero pensé que por fin no era culpa de la ambulancia sino viceversa.

La Domi rodaba por el living con su propia sirena de lamentos.

—¿Dónde podemos dejarla?, —preguntaban los hombres.

Decidí ponerla en la cama del papá que tiene el mejor colchón. ¡Alguna vez que la Domi tenga teléfono y televisión en su pieza! Al menos mientras esté quebrada. Y con tanto velamen, tampoco habría cabido en otra cama.

Al destaparla, apareció la bicicleta hecha un garabato... así como si fuera un estropajo que la Domi estrujó.

Apenas firmé el papel, partió la ambulancia y la Domi saltó al suelo y no se quejó más.

—¿Y tus quebraduras?, —le pregunté mirándola.

—La pura nariz no más. Me lamenté del espinazo para que me vinieran a dejar la bicicleta. ¿Tiene algo?, —preguntó folclórica.

—Le queda una rueda buena —certifiqué.

La Domi se preocupaba de estirar la cama como si nunca se hubiera acostado en ella. Su cara parecía un salchichón gigante, roja, brillosa y con un par de callampitas en vez de ojos.

—Lo de su bicicleta no es problema, porque usted sabe que yo soy como hermana con Ceferino, que es jefe de armaduría en la fábrica...

—Lo malo es que la necesitábamos altiro —se entrometió Urquieta.

—Altiro mismo le tengo una si me da permiso pa' usar el teléfono.

Marcó un número y se chinchoseó con cada uno que le salió al fono hasta que por fin se enchufó con el Ceferino:

—¡Cefi! Sí, soy yo. Claro. Lo que pasa mijito es que, como le dije... Sí. Iba a verlo en la bicicleta y me le vino encima el hoyo. Justo cuando el niño iba a usarla... Sí. Yo sabía que usted me sacaría del apuro... ¿Como cuánto rato? ¡Gracias!, —el fono y se volvió para decirnos—: ¡Cinco minutos! ¿No les decía yo? Les hago un churrasquito mientras tanto.

Llegó el Cefi con una bicicleta al hombro y con más hambre que nosotros. Volaban los churrascos y el Cefi no tenía ni pizca de asco de besarle a la Domi sus costras y machucones morados. Era un gallo superior porque le había agregado a la nueva bicicleta un asiento trasero y un canasto.

—¿Por qué no le pusiste motor?, —preguntó el fresco de Urquieta.

Dejamos a la Domi chinchoeando con el Cefi y la Ji, y partimos por el camino del sol, siguiendo nuestra sombra.

Salimos al camino y como en los desiertos, aparecían oasis simulando lagunas poco más adelante, y el aire tiritaba calenturiento y lujurioso mientras nos chorreaba la transpiración.

Cuando nos faltó el aliento, descansamos a la sombra de un arbolito.

—¿Será esta tu parcela?, —le pregunté al Urquieta.

—No —dijo rotundo—. La mía tiene bosques, roquerío y si no tiene río es porque tiene mar...

Apenitas dijo esto, llegó un cacharro que hervía como si fuera tetera. Un perro trotaba bajo su sombra.

—¿Tienen agua?, —preguntó el camionero.

Urquieta se lo quedó mirando sin contestar. Yo le pasé mi cantimplora.

—Gracias —dijo el gallo ventilando su capó—. Yo los llevo con bicicleta y todo si les acorta el camino.

Y claro, llegamos descansaditos a la orilla del mar.

VII

Igual que Cristóbal Colón, clavamos en la arena un palo con bandera en nuestra parcela con playa y mar propio.

Era una playa bastante desierta pero con dos ranchitos de pescadores, abandonados.

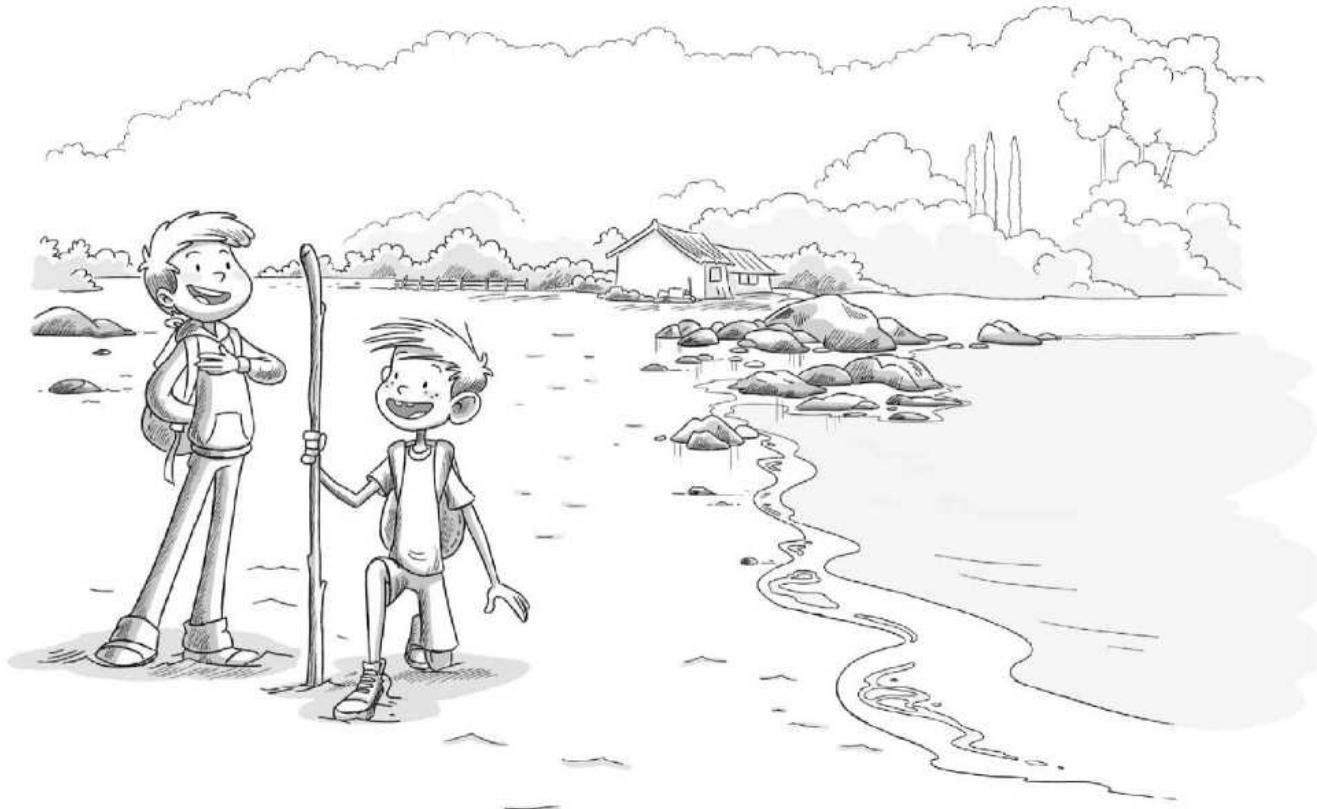
No había mucho que hacer; tampoco vendían bebidas, así es que la cosa era un poquito problema de tripas.



—¿No te gustó dar el agua de las cantimploras?, —me echó en cara el Urquieta.

—Total, era pura agua me defendí.

—Sí, pero en agua se puede hacer sopas —refunfuñó el parcelero.



—Si hubiera con qué hacer sopas, lo podríamos comer...

En eso estábamos cuando vimos venir desde el mar un par de botes. ¡Era la vanagloria!

Corrimos a su encuentro, chapaleando en las olas y ayudamos a los gallos a encallar en la arena. Traían un mineral de peces de todos portes, plateados, de ojos un poco turbios, como si tuvieran en ellos un retrato de mar adentro. Algunos coleaban todavía, sorprendidos.

No sé de dónde apareció el amigo camionero trayendo sobre su cabeza dos enormes canastos. Ayudamos a tirar los vivos y los muertos más gordos a los canastos y los chicos los echaban a un lado con desprecio. Nadie hablaba. El camionero partió con los canastos y los pescadores que ayudaban a llevarlos, y los dos con Urquieta recogimos las corvinillas subdesarrolladas.

Soplaba el viento y cuando llegamos a la parcela se había volado la bandera y con ella, la propiedad de Urquieta.

Tampoco teníamos con qué hacer un caldillo y para colmo oscurecía...

Dormir no era un destino.

¡Éramos dos pelados a la orilla del mar!



Si de verdad yo fuera periodista, esta playa desierta me habría servido de noticia, igual que el gato, que siempre se interesa en una laucha...

Pero no soy todavía.

Vimos los botes varados en la arena y oímos alejarse el cacharriente camión con su motor tosedor, hasta que el ruido del mar lo desapareció.

Igual que los pescadores; mudos, sin decir ni pío, caminamos hacia uno de los ranchos y empujamos la puerta.

En la penumbra se veía un montón de redes, un tiburón seco clavado en la pared, un almanaque hecho cachirulos y dos tarros negros de hollín botados en el suelo. Un murciélagos aturdido nos echó para siempre.

Fuimos entonces a probar suerte al otro rancho que ahora estaba alumbrado por la luna. Crujía con el viento, y su puerta se abrió al primer empujón. Una mirada viva, de ojos celestes con ribetes rosados, nos detuvo: era un viejo con cara de pescado y calavera, sin pelo y con nariz de sabiduría.

—¿Podemos entrar?, —preguntó el Urquieta sonriente. El viejo no contestó, pero nos dejó ver su boca sin ni un solo diente, lo que era seguramente una bienvenida.

Entramos y cerramos la puerta. El viento frío quedó afuera y nos acercamos al brasero donde humeaban pescados al rescoldo.

Le ofrecimos las corvinillas que habían desecharo los pescadores y que nosotros teníamos como un tesoro.

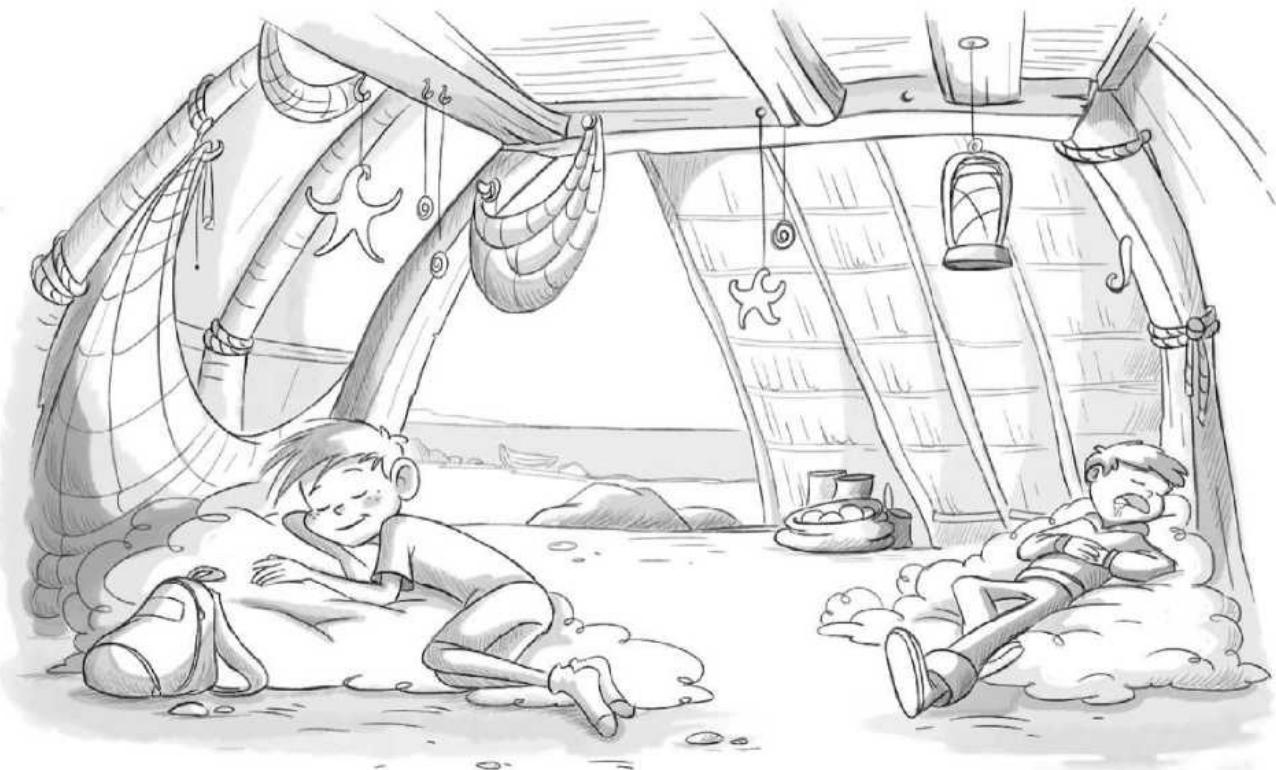
El viejo las acomodó sobre las brasas, haciendo a un lado la tetera negra de humo.



Nadie hablaba pero fuimos compartiendo los peces ahumados, que eran ricos.

Cuando estuvimos llenos, nos tiramos a dormir entre unas redes, que eran bastante blandas aunque fétidas de olores surtidos pero todos marinos.

Desde el techo del rancho colgaban estrellas de mar, jaibas, piures y cosas raras, como si fueran de esos móviles que les ponen a las cunas... Nos dormimos sintiéndonos angelitos marinos.



Al otro día, cuando despertamos, hervía la tetera negra y había algunas hierbas, como invitando a hacer un té. Pero el viejo de los ojos celestes y rosados no estaba. La puerta abierta dejaba entrar aire tibio y asoleado, y el Urquieta ordenó las cosas y preparó algo raro.

—Habrá ido a bañarse el brujo —dijo.

Después del desayuno salimos a la playa, seguros de encontrar al viejo dueño de casa. Pero no había nadie... ¡Ni siquiera los botes en la playa!

No hicimos comentarios. Nos habíamos contagiado de mudos y nos parecía que las palabras no servían.

Nos bañamos y al principio creímos que el mar estaba lleno de bañistas un poco atropelladores. Pero entonces nos dimos cuenta de que eran delfines, quizás toninas o potrillos de mar.

El sol brillaba lujuriantemente sobre sus negros lomos mojados que se nos acercaban tentadores. De un salto montamos uno en cada uno, el más saltón, el más galopador.

Era un verdadero rodeo marino con sumergidas y largas chinas de ahogo... Las topeaduras no eran muy suaves y casi descuartizados de tanto chancacazo, arrancamos a la orilla y nos tendimos a descansar.

Fue entonces cuando divisamos un bulto entre las rocas y corrimos a verlo. A medida que nos acercábamos, nos íbamos convenciendo de que era el brujo. Creímos que estaba tomando un baño de sol, pero al acercarnos vimos que estaba verdaderamente fallecido.

Le rezamos un aleluya y lo tapamos de arena, ahí mismo donde estaba. Nos demoramos harto porque la arena acarreada a pura mano, cunde muy poco. Por fin nos fuimos para encontrar quien nos llevara a la dichosa parcela de Urquieta.

—Oye —le dije al parcelero en el camino—, ¡ahora estoy decidido!

—¿Decidido a qué?

—A ser doctor. Si hubiera sabido algo de medicina, quizás le habría salvado la vida al pobre viejo...

Le dimos una última mirada de despedida y vimos que se levantaba y se sacudía la arena allá en las rocas...



VIII

La resurrección del brujo nos hizo enganchar primera y partimos a lo cohete espacial hasta enchufar al camino. Un patrullero con sirena y todo nos alcanzó y nos ordenó detenernos. Pero resultó imposible porque el enganche en «carrera» de las piernas no se podía frenar.

Por fin logramos parar el activador rodillero justo cuando el señor de la patrulla nos sujetó los cuerpos con furor.

—¿De qué arrancan?, —preguntó con harta curiosidad el carabinero.

—Del viejo re-su-ci-ta-do —dijo el Urquieta.

Ni le dio bola a la contesta. Nos hizo subir al auto y cupimos justo entre él y el chofer.

—Relájense, cabros, y no pierdan tiempo fabricando mentiras. Comprenderán que no nos van a engañar...

—Es verdad verdadera —le juré y le conté lo de la playa, del rancho, del viejo mudo al que encontramos muerto entre las rocas.

—Vamos allá ordenó con voz fuerte. —Y dieron la vuelta en el camino.

Parecían convencidos de que nos pillarían en una mentira y nosotros queríamos mostrarles al brujo marino muerto y resucitado.

Pero pasó algo raro. No llegábamos nunca a la glucosa playa.

—¿Cuándo sucedió esa historia?, —preguntó el aséptico oficial—. Porque me va pareciendo que han corrido una semana...

—Usted equivocó el camino —dijo Urquieta.

—Son ustedes los que lo conocen. Debieron guiarnos.

—No nos fijamos ni cuando nos traían ni cuando nos llevaba usted. Somos extranjeros le expliqué.

—Por lo menos ahora van a conocer el retén de esta zona —y haciendo un viraje autógrafo, entró en un sendero estrecho.

Para el Urquieta encontrarse en un calabozo era una tragedia. Él no tiene experiencia de la vida. Para mí era repetirme un plato bastante conocido.

Así que no tenía ningún miedo; por el contrario, ir al calabozo, me parecía el primer paso hacia la libertad, o sea, al veraneo en la parcela famosa de Urquieta, que estaría en alguna parte cercana.

Pero sucedió lo insolente: en un rincón del calabozo estaba nada menos que el brujo de los mares, roncando a toda vela en un rincón.

Urquieta quiso apretar, pero se estrelló contra esa puerta verde tan cerrada. Traté de tranquilizarlo...

—Oye —le dije—, el resucitado será nuestra salvación porque va a autografiar lo que dijimos...

Casi al momento se abrió la puerta y entró un gallo a buscarnos. Es lo bueno de las prisiones de caminos. No tienen colas y no hay que esperar.

Pero el resucitado no quería despertar. Estaba muerto de nuevo y ni los baldes de agua lo hacían pestañear. Por fin el grandulón que vino a buscarnos se echó al hombro al viejo igual que una bufanda y nos dijo:

—¡Síganme!, —y entramos de nuevo al retén. Ahí lo estiró en un banco de madera.

Mi teniente no nos dio bola a ninguno. Estaba recibiendo un mensaje por radio y anotando en su libro miles de palabras, diciendo puros «sí».

Por fin habló:

—Permiso. Un momento —y cerró el transmisor para ordenarle al grandote—: Tráete un par de panes y luego ensilla al negro. Vas a quedar a cargo un rato... —Y se enchufó otra vez la radio—. Aquí Retén 139, ¡adelante!, —y siguió escribiendo.

El ordenanza nos trajo un pan a cada uno y un vaso de agua. Se veía que era un capo, porque adivinó lo que nos hacía falta.

—Conforme. —El teniente cerró la transmisión y se volvió a nosotros. El pobre viejo seguía roncando.

—No hay cargos contra ustedes —nos dijo—. Yo los encamino, porque voy hacia la Panamericana...

—¿No lo lleva a él?, —pregunté todavía mascando, mostrando al roncador.

—Está mejor aquí don Saturno. Cada vez que viene un afuerino a la playa lo viene a dejar aquí.

Estábamos llenos de preguntas pero las callamos y las guardamos para el viaje y callados seguimos al teni.

—¡Atiende los llamados!, —le dijo el grandulón—. Si el sargento llega antes de mi regreso, haces ronda en el negro.

En la patrulla cabeceaba el conductor que se avivó relámpago y nos hizo hueco a su lado.

Partimos a todo chifle, bastante remecidos y ni tuvimos que hacer preguntas porque el teni se largó a contarle a su compañero del accidente que había en el camino.

—¿No será otra vez el ovni?, —dijo el conductor.

—Algo de eso dijeron... Creo que dicen ovni cuando se les pasa la mano con el tinto...

—¿Sabe una cosa mi teniente?, —el chofer tenía ganas de conversar y yo tenía ganas de escuchar lo que conversaran—. Yo he advertido que cada vez que nos traen a don Saturno, como muerto, poquito más allá sucede un accidente...

—Tú con tanto estar solo y lateado te ponís soñador... Accidentes hay todos los días.

El Urquieta había abierto unos tremendos ojos y me codeaba en la costilla con complejo de picaflor.

Yo, en verdad, creo en los ovnis empezó el conversador... pero en ese momento divisamos el monumento al fondo del camino y nadie habló más.

—Pueden bajarse aquí —dijo el teniente al Urquieta—. No hacen falta en el choque y ya los encaminé bastante...

La patrulla se detuvo suavemente para dejarnos bajar y nosotros le agradecimos todo sin rezongar porque sabíamos que en un trotecito llegaríamos fácilmente a curiosear lo que había pasado. Quizás rastreando el par de cuadras que nos separaba del choque, encontraríamos una huella rotunda del ovni chirimpoya.

IX

Nos dejaron a un lado del pavimento, pero preferimos caminar por entre esa pajita especial con que hacen nacimientos, porque el imán de los autos tirando pinta, a todo chifle, nos chupaba amenazante.

¡Ruuuun! ¡Rrrran! Volaban por la pista impertinentes...

A medida que nos acercábamos al choque famoso, nos dimos cuenta de que los curiosos eran muchos más que los desintegrados.

—Da no sé qué ser tan curiosos como el montón —le dije a Urqueta.

—Igual que nosotros, ellos deben tener sus motivos —comentó.

—¿Qué motivos?

—Saber quién es el culpable, ver si algún muerto es pariente o conocido...

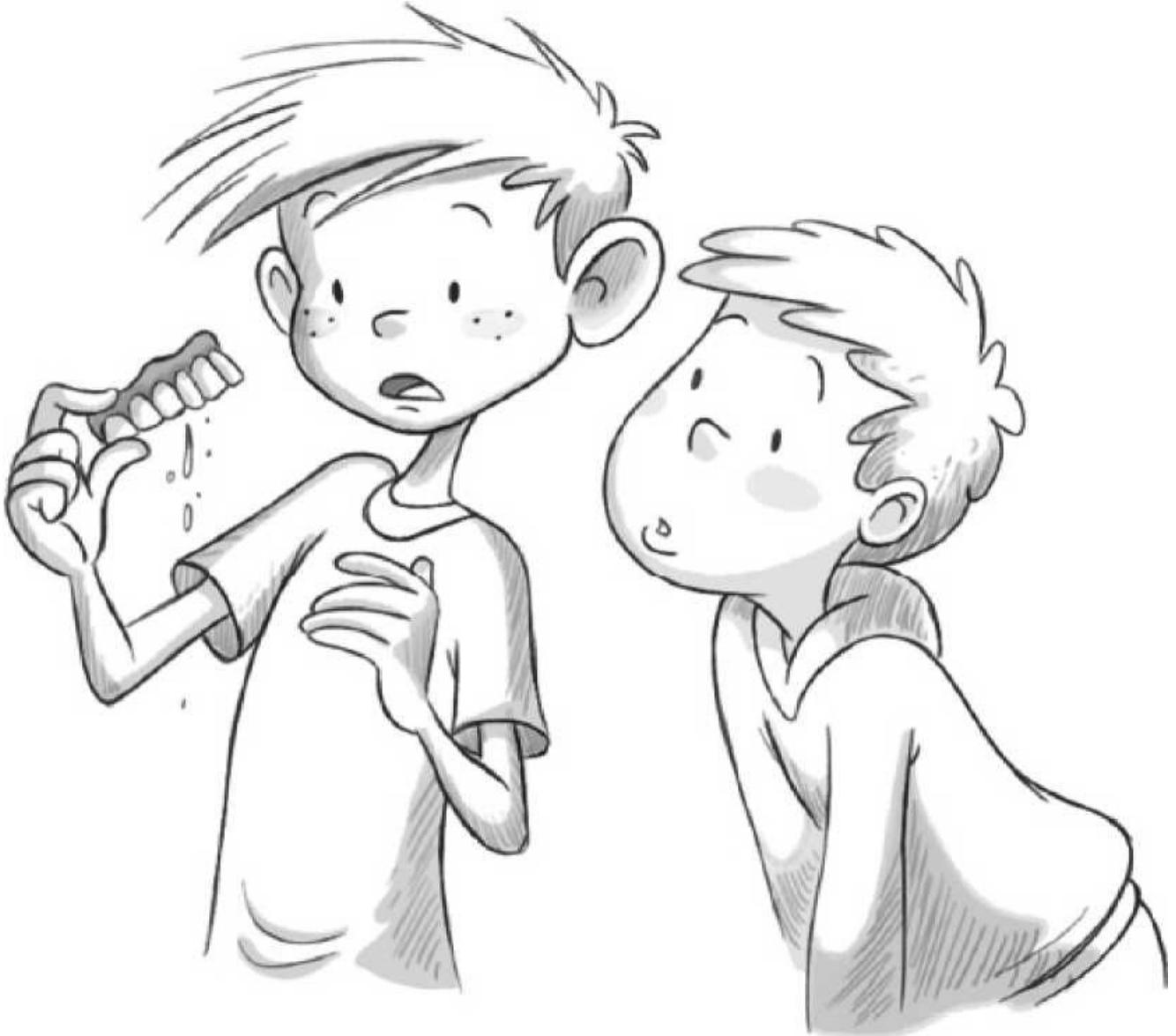
—A mí lo que me interesa es saber si don Saturno o el ovni tuvieron algo que ver en el asunto...

Frené en seco... boca y pies...

—Mira —clamé mostrando algo brillante que refulgía. Con estupor lo recogimos... Era lo que buscábamos: el cuerpo del delito. Algo metálico, espacial, ovnipotente, como el dentror de una boca con dientes y todo.

—¡Es la prueba que buscábamos!, —y le pasé al Urqueta el misterioso artefacto.

Lo miró mucho, le dio mil vueltas y por fin clamó:



—Es justo lo que le falta a don Saturno... él anduvo aquí: él fue el ovni que produjo el accidente.

Urquieta no es periodista pero es inteligente.

Corrimos al montón para entregarle a mi teni la clave secreta.

Pero el pobre teni estaba rodeado de personas como una estatua de héroe de aniversario. Costó llegar hasta él, que hacía lo posible por separar autos de traseros incrustados en motores y viceversa. Los cacharros estaban como los carritos del supermercado.

Logré cogerle un dedo a mi teni:

—Fue un ovni —chillé a todo riñón—. ¡Aquí tiene la prueba!, —y le enganché en su dedo el artefacto.

Lo miró y me miró a mí.

—Valiosa prueba —me dijo, bajando un poco la voz—. Indica la brutal velocidad a que corrían los dos autos... para que esta plancha de dientes haya ido a parar tan lejos...

—No es plancha de dientes —le dije al teni por lo alto—. ¡Es el dentror de la boca de don Saturno!

—A ver si hallas más pruebas —me empujó al montón—. Te mantendré al corriente de los resultados.

No había cadáveres, pero sí muchos vidrios y metales retorcidos. De sonido, las furiosas voces de los dueños de los cacharros abrazados que clamaban justicia.

De repente, uno de cachetes palpitantes embistió a un pálido con cara de caldowit^[4] y lo mandó contra el montón de autos.

Ahí quedó como parche curita, pegado al monumento de fierros. Mi teni le pidió sus documentos, y el gallo, creyéndose la muerte, le pasó su carnet de boxeador.

Dos pulseras metálicas con llave le jubilaron sus valiosas manos.

Había llegado una grúa con montones de uniformados que rápidamente iban deshaciendo el monumento glucoso.

El Urquieta y yo nos sentimos estorbos y tratamos de salir desconsoladamente del enredo.

En cuatro patas, casi arrastrándonos, capeábamos los autos angustiados que levantaba la grúa.

A medida que los cacharros chirriaban separándose, nos pescaban sus picudas latas y nos elevaban, y a enorme altura, nos soltaban. Volvíamos a caer en el simposium, rasguñados, sumamente estupidizados y nauseabundos.

Por fin quedamos libres y solitarios en una pequeña pista que rodeaban autos chuecos a distancia.

—¿Qué te pasa?, —me preguntó el Urquieta al ver que me quedaba donde mismo, sin moverme.

—Creo que estoy ovnificado. Si no me agarro al suelo, otra vez me vuelo. Me están haciendo contacto en otro planeta...

—Yo estoy apenas un poco mareado —dijo Urquieta levantándose—. Pero mira, tienes algo extraño en la mano, algo radiante. ¿Podrá ser espacial?

—Sí, pero no puedo soltarlo... Me trasmite corrientes... Veo todo distinto.

—Yo te lo haré soltar —y el Urquieta se lanzó a quitarme el brillante rimbombo ovnificante, pero al tocarlo, se quedó él también pegado.

Al hacer contacto los dos, la fuerza ovnivativa fue tremenda y no pudimos vencerla.

Era rico elevarse aunque no supiéramos donde íbamos...



El suelo se alejó rápido, con su montón de autos y gentes, grúas, patrullas y carabineros. Las caras vueltas hacia arriba y las bocas abiertas nos miraban, cada vez más lejos... cada vez más chicas...

Si una nube quería entorpecer nuestro vuelo se derretía al contacto con nosotros y se convertía en lluvia fina.

Aunque era pleno día ya alcanzábamos a divisar algunos astros.

De pronto nos topamos con una ronda de ovniviajeros, que nos dieron la mano aumentando nuestra velocidad. A la cabeza de la ronda me pareció ver al viejo Saturno, muy alegre y sonrisoso cantando sin un diente.

Era importante unirse al coro, pero no sabíamos ni el idioma ni la letra.

Miramos hacia abajo a ese puntito que apenas se veía, y a todo chancho cantamos:

«Adiós, tierra. Nos vamos quizás a otro planeta
buscando la parcela del Urquieta.
No nos pierdan de vista.
Volveremos como grandes periodistas».





Marcela Paz —pseudónimo de la escritora Ester Huneeus Salas— fue una mujer excepcional, capaz de construir una prosa fresca y natural.

Educada en su casa por profesores particulares quienes le enseñaron, además de las asignaturas habituales, los idiomas inglés, francés y alemán, comenzó a escribir desde muy joven en revistas y periódicos. Usó diferentes pseudónimos, entre los cuales se quedó definitivamente con Marcela Paz; Marcela, por ser admiradora de la escritora francesa Marcelle Auclair, y Paz porque —según ella misma decía— necesitaba ese don.

Cuando, antes de casarse, su novio, José Luis Claro, le regaló una agenda, Ester decidió escribir en ella el diario de vida de un niño. Y fue así como nació su hijo más célebre: Papelucito, de quien puede decirse, sin duda, que es ya un clásico de la literatura infantil chilena.

Creadora además de una singular galería de personajes como los Pecosos, el Soldadito Rojo, la Colorina, Sebastián, Catita y Perico, entre otros, fue también la fundadora del IBBY (International Board of Books for Young People) en Chile.

Con un amplio reconocimiento tanto en el país como en el extranjero, entre los varios premios y distinciones que recibió a lo largo de su vida, obtuvo dos muy importantes: el diploma de mérito que la incluyó en la lista de honor «Hans Christian Andersen» concedido por el Congreso Internacional del IBBY reunido en Suiza en el año 1968 —y que fue otorgado por primera vez a un autor latinoamericano— y el Premio

Nacional de Literatura 1982, que coronó su infatigable desempeño en el mundo de las letras.

Notas

[1] El Festival OTI (Organización de la Televisión Iberoamericana) de la Canción se inició en España en 1972 y reunió a los principales cantantes de la canción popular iberoamericana a lo largo de sus siguientes versiones. <<

[2] El Chapulín Colorado es un programa de la televisión mexicana creado en los años 70 que se hizo muy popular en toda Latinoamérica. <<

[3] Don Francisco, nombre artístico con el que se dio a conocer el animador de televisión Mario Kreutzberger, famoso en los años 70 y 80 por su programa de televisión Sábados Gigantes. <<

[4] Caldowit. Se refiere al caldo concentrado marca Witt. <<